

## Reseña

**Ordóñez Eslava, Pedro. 2024. *Autorretrato compartido sobre fondo verdiblanco. Materiales de Musicología radical*. Granada: Libargo. 148 p. ISBN: 978-84-124588-9-3**

**Alicia Pajón Fernández**

Universidad Internacional de Valencia, España

ORCID: 0000-0003-0191-8705

aliciapajonfer@gmail.com

¿Cómo se reseña un libro que no es exactamente un libro? Esta es quizá la primera pregunta que suscita “Autorretrato compartido sobre fondo verdiblanco. Materiales de Musicología Radical” de Pedro Ordóñez. El volumen funciona más bien como una llamada a la reflexión prolongada, una invitación a suspender por un momento las formas sedimentadas que organizan nuestro trabajo académico y, con ello, a cuestionar ese flujo constante, a veces asfixiante, que constituye la vida universitaria contemporánea. Ordóñez no propone una lectura cómoda: coloca el dedo en la llaga, interpela directamente al lector o lectora y, a través de su propio movimiento introspectivo, actúa como un espejo incómodo para cualquiera que haya estado frente a un aula, especialmente en la universidad.

Desde el inicio, el autor avanza con un ritmo sostenido, casi confesional. Comienza explicándose: exponiendo la arquitectura conceptual del libro, que se sostiene en tres ideas fuerza que vertebran el primer capítulo. La primera es la noción de *ser radicante*, una propuesta “simbólica pero también ética, profesional y estética; una idea radicante de lo que supone la actividad intelectual y pedagógica” (p. 18). El libro se imagina, así, como un tallo que crece hacia su entorno, que se expande y genera nuevas posibilidades de pensamiento y acción. La segunda idea es la filosofía del *slow professor*, sugerida como contrapeso a una academia cada vez más corporativizada y orientada al rendimiento, que exige repensar el ritmo y desacelerar la producción. La tercera es la del texto entendido como disidencia, emprendimiento y experimentación: un “manifiesto a través del que me posiciono como investigador y docente y con el que establezco un compromiso conmigo mismo, contigo, y con la comunidad estudiantil y académica que habito” (p. 21). Estas ideas no funcionan como un marco teórico al uso, sino como un ecosistema conceptual que sostiene el resto del libro.

A continuación, el autor da lo que parece un paso natural: explicarse a sí mismo. Narra su recorrido personal, una biografía intelectual que no se limita al currículum académico sino que incluye —y subraya— todos los

trabajos realizados, también los que habitualmente se borran. Esa inclusión, lejos de ser anecdótica, revela los desafíos, tensiones y precariedades que atraviesan las trayectorias universitarias, muchas veces más decisivas que la supuesta meritocracia que regula (o pretende regular) la selección y promoción académica. Lo personal, sin embargo, no aparece como confesión aislada: se entrelaza con fragmentos de conversaciones con interlocutoras que, desde fuera, ayudan a construir y a tensionar el relato, abriendo pequeños resquicios por donde entra la duda, la crítica y también la posibilidad de transformación.

La propuesta radicante se convierte así en el eje articulador del texto. El flamenco —entendido como raíz y como forma radical— emerge como punto de partida para pensar una realidad que atraviesa al conjunto de la investigación en el Estado español: el peso de los proyectos competitivos y de las estructuras de evaluación. Aquí, escribir aparece como una posibilidad que brota del tallo inicial: un injerto, como señala el autor siguiendo a Rozas (2022), un “terreno de resistencia académica ante la asepsia libre de contagio e infección de una producción académica fría y apática”. Ese terreno resiste porque se vincula al libro, un formato menos sumiso a los corsés institucionales que el artículo académico, cuya rigidez —recordada una y otra vez por la ineludible ANECA— estrecha los márgenes de experimentación. Ordóñez propone formas de compartir el conocimiento que no olviden el aula ni a quienes la ocupan, invitando a repensar la transmisión y a desmontar la lógica productivista que órbita alrededor de la publicación.

El proyecto que brota en estas páginas es un proyecto sobre flamenco, del que surgen tallos conceptuales, experimentales y contra-canónicos. Este proyecto funciona como laboratorio y como campo de pruebas: permite repensar cómo emerge el pensamiento académico, pero también qué hacemos con él una vez generado. Es aquí donde el texto desemboca inevitablemente en la cuestión que lo recorre desde el inicio: ¿cómo transmitimos? ¿Cómo nos situamos en la academia que habitamos —y que también nos habita—? Los siete apartados finales se centran en un conjunto de inquietudes que probablemente han atravesado el pensamiento de la mayoría de quienes han impartido clase alguna vez.

Entre ellas aparece un temor especialmente extendido: la percepción de que la docencia —o, como puntualiza el autor, la “carga” docente— es un mal necesario dentro de una carrera académica ya de por sí ardua y extenuante. A la falta de formación específica se suma la ausencia de un espacio para la reflexión profunda y, sobre todo, la escasez de tiempo, convertida en el recurso más escaso de toda vida universitaria precarizada. Todo ello sitúa la docencia en un lugar secundario, cuando no residual, a pesar de ser el espacio donde más claramente se pone en juego la relación entre conocimiento, cuerpos y comunidad.

En este punto, Ordóñez parece tender un bote salvavidas al lector o lectora. Tras haber removido las certezas que sostienen nuestra práctica académica, ofrece una suerte de horizonte posible, una propuesta docente

que no pretende clausurar nada, sino abrir caminos. Ese gesto se concreta en un “decálogo imperfecto para una musicología radical”, un conjunto de orientaciones que funcionan menos como reglas que como impulsos: pequeñas brújulas que sugieren modos de habitar el aula. Su carácter “imperfecto” no es una carencia, sino una clave metodológica: lo incompleto como condición de toda práctica pedagógica viva, invitando a aceptar que la transmisión del conocimiento no puede fijarse en normas estables, sino que debe permanecer permeable a los cuerpos, los ritmos y las contingencias que atraviesan cada experiencia educativa.

Con todo, la propuesta de Ordóñez es una valiente. Nos invita a mirar al sistema, pero también a nosotras mismas. Y no solo eso: nos tiende la mano, nos hace propuestas, nos muestra que, efectivamente, puede haber otro modo de hacer las cosas. Aun así, inevitablemente ronda una duda al leer el texto: ¿es posible transformar la academia a través de los canales que ya tenemos? ¿Permite realmente el sistema actual salir de él lo suficiente como para imaginar —y construir— una academia vivible? ¿O, desgraciadamente, se ha vuelto ya tan rígido que solo deja pensar en estos términos de potencialidad a quienes han logrado sortear una carrera marcada por la precariedad?

Y, sin embargo, precisamente ahí reside la fuerza del libro: abre un espacio para pensarnos de otro modo, para vislumbrar posibilidades incluso en un entorno que parece agotado. Quizá no ofrece respuestas definitivas, pero sí algo igualmente valioso: una invitación sincera a no renunciar a la imaginación crítica.

### **Biografía**

Alicia Pajón Fernández es doctora en Historia del Arte y Musicología por la Universidad de Oviedo. Forma parte del Grupo de Investigación en Música Contemporánea de España y Latinoamérica Diapente XXI y como resultado de su investigación ha publicado varios capítulos de libro y artículos en revistas, como la Revista de Musicología, El Oído Pensante o Cuadernos de Música Iberoamericana. Además, ha participado en varias conferencias en España, Portugal, Alemania, Grecia y el Reino Unido y ha realizado estancias en las Universidad de Princeton (2022) y Aveiro (2024-2025). Actualmente es coordinadora del Máster en Interpretación e Investigación en la Universidad Internacional de Valencia (VIU), universidad donde también imparte docencia en el grado en Musicología y desde 2023 forma parte de la Junta Directiva de la Sociedad de Etnomusicología (SIBE) como tesorera.